inocente Daniel. Las fieras hambrientas que ocupan el lago, que son los demonios, se humillan delante de Jesús y lo respetan. Pero ¡ay de los acusadores que al Redentor arrojaron á tan inmunda morada! ¡Ay de las almas que á Jesús lanzaron al antro de las fieras!, porque ellas también caerán en lago eterno del infierno, donde los voraces demonios no las tendrán manera ninguna de respeto.

No sea esto así, ¡oh Virgen dolorosísima!, ¡oh Madre de los pecadores!, ¡oh Santísima Madre de la gracia! Infunde en nuestras almas horror al pecado. Preséntalo delante de nuestros ojos como el peor enemigo de Dios, como nuestro más cruel verdugo, como la lepra más repugnante, como el más negro y erizado de los abismos, donde nos podemos despeñar, como el ladrón más feroz y sin entrañas que nos pueda perseguir, para que huyamos de él á tus brazos, como náufragos á la playa, como corderos perdidos al redil, como niños al regazo de su madre. Y cuando nos tengas abrazados, no nos dejes nunca; castíganos con rigor, cuando se inicie en nuestra voluntad el deseo de separarnos de Ti; prémianos con tus regalos, cuando sin Ti nos sean amargas y desabridas todas las cosas de la tierra; porque de esa manera no pecaremos jamás, ni volverá á caer sobre tu corazón la losa pesada de nuestros delitos; y viviendo tranquilos aquí en la tierra, volaremos al cielo después de nuestra muerte, á gozar de la eterna bienaventuranza de la gloria. Amén.

NOVENO Y ÚLTIMO DOLOR

Soledad de María.

> Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea: et lumem oculorum meorum, et ipsum non est mecum.
>
> Mi corazón está conturbado, me ha desamparado mi fuerza y aun la misma lumbre de mis ojos no está conmigo.
>
> (Psalm. XXXVII, 11.)

De dónde viene esa mujer con la túnica ensangrentada, pálido el rostro, agonizantes los ojos, y lento y perezoso el andar? ¿A quién deja tras de sí que con tanta pena abandona? La luz arde en sus ojos, cuando se vuelve hacia el lugar que deja, luz de tristeza, como la cárdena lumbre de los meteoros que iluminan la desolación de un naufragio. Palabras incoherentes murmuran sus labios á manera de suspiros, y luego las lágrimas ruedan silenciosas y abundantes por sus mejillas, como lluvia copiosa que desciende de las nubes, que produjeron el relámpago. La multitud plañidera que la acompaña la empuja suavemente y la obliga á caminar. Y la noche que baja rodando de las montañas, empuja con mano invisible á la multitud, que cobra miedo de sus sombras, y se vuelve hacia la triste mujer que acompaña, como pidiéndole auxilio, y

luego retrocede temerosa y espantada, como si con sus propias manos hubiera derramado la sangre de que van empapados los vestidos de la mujer que llora. Y como si aquella desvalida mujer tuviera poderío, para aniquilarlos á todos, huyen de ella aterrados y cobardes y se pierden entre las sombras de la noche, como manada de chacales que se esconde en el laberinto de una selva. Y la dejan sola, sola, sin que sus ojos adviertan que la multitud la abandona.

¡Oh!, ¿qué ser tan querido pierde que no repara que la dejan innumerables seres? ¿Qué soledad tan grande es la de su corazón, que no advierte en lo solitario que ha quedado el lugar por donde camina? Qué soledad tan inmensa es la de su alma, que sus ojos no cobran miedo de la noche solitaria? ¡Ah Madre! ¡¡Madre!! ¡¡¡Madre!!! Sí, cristianos; es una Madre que ha perdido á su Hijo; es la Madre de Dios, que llora muerto á su Criador; es la Madre de la humanidad; es la Madre á quien todos hemos abandonado.

Venid conmigo y preguntémosle por qué llora, para que despierte con nuestras solícitas voces del letargo de su dolor, y tome fuerzas y consuelo su corazón, cuando, al abrir los ojos, se encuentre con los hijos adoptivos, con los hijos de sus lágrimas, postrados delante de Ella.

¡Ah, Señora!; tú traes sangre en tus vestidos, la sangre de las llagas abiertas en el cuerpo de nuestro Redentor; deja que la lavemos con nuestro llanto, para que esa sangre no caiga sobre nuestra frente. De tus brazos ha caído tu Hijo en el sepulcro, llenándote de aflicción; caiga tu dolor sobre nuestros corazones y encienda en ellos el fuego de la virtud. Tus ojos vieron cerrarse la entrada del sepulcro con una losa, y tu alma quedó allí aprisionada, como muerta en la obscuridad. *Collocavit me in obscuris, sicut mortuos saeculi* (1). Saca, saca tu alma de las

(1) Ps. CXLII, 3.

regiones de la muerte y éntrala en nuestros corazones, muertos también quizá á la vida de la gracia, para que tu alma, con la memoria de la Pasión de tu Jesús, con el entendimiento de la humildad y con la voluntad del amor, los resucite y sea la vida de ellos en este valle de la muerte. ¡Ah Señora!, pero tú sigues llorando y respondes á nuestras voces tal vez no muy contritas: mi corazón está conturbado, me han abandonado mis fuerzas, y aun la misma lumbre de mis ojos no está conmigo. *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea: et lumem oculorum meorum, et ipsum non est mecum.* Lloro por la soledad en que mi Hijo me ha dejado, y su dulce compañía no puede ser reemplazada sino por los hijos adoptivos, que procuren en un todo asemejarse á El; y lloro por la soledad en que quedan las almas, que lo abandonan por los pecados y los placeres.

Y ved aquí ya indicados los dos puntos capitales de mi discurso: soledad de María y soledad del alma sin Dios.

Pidamos los auxilios de la divina gracia, poniendo por medianeros los dolores de nuestra Señora, á quien reverentes saludaremos con el ángel.

AVE, MARÍA.

Texto ut supra.

De dos maneras puede Dios alejarse de las almas; ó para probarlas en el crisol de la soledad, aquilatando así la virtud de los justos y añadiendo perlas á su corona, ó apartándose de ellas por el pecado y dejando enemiga suya al alma y esclava de Satanás. En el primer concepto, Dios es el que, aparentemente, se retira de las almas, sin que éstas pierdan en gracia. Y en el otro concepto, las almas son las que echan fuera de sí á Dios y huellan su santa gracia con pies de cieno. En la primera, pues, de estas soledades está incluida la soledad de María, pero con caracteres tan singulares y con circunstancias tan peregrinas, que la hacen ser la reina y la más amarga de todas las soledades habidas por las almas en la tierra, sirviendo este último dolor de María de complemento á la redención, si es permitido hablar así, puesto que por causa de los pecados de los hombres, y en beneficio de los pecadores, fué sufrido. Y en la segunda de estas soledades, van incluidas todas las almas que están reñidas con la gracia de Dios por el pecado mortal.

En el primer punto, pues, de mi discurso, presentaré á María con el corazón conturbado, porque se halla sin su Dios y su Señor, *dereliquit me virtus mea*, y porque se encuentra sola, sin el Hijo de sus entrañas, vilmente asesinado por los hombres; *et lumen oculorum meorum et ipsum non est mecum*. Y en el segundo punto, mostraré al alma sin Dios, desesperada y sola, porque le falta la gracia, *dereliquit me virtus mea*, y porque está ciega para obrar: *et lumen oculorum meorum et ipsum non est mecum*.

I

Quomodo sedet sola civitas plena populo? Facta est quasi vidua domina gentium, princeps provinciarum facta est sub tributo (1). ¿Cómo está sola la Madre de Dios y llora como viuda la Señora de los pueblos y la Emperatriz de los cielos paga tributo al dolor en amarga soledad? ¿Cómo no hay quien consuele á la que ha de enjugar las lágrimas de la desfallecida humanidad? ¿Cómo no hay quien traiga alivio á la Señora del mundo, de los vasallos de la tierra y de los ciudadanos del cielo? ¿No ha de ser Ella la que ha de regir los coros de los ángeles en aquellas mansiones donde las penas tienen cerrada la puerta y donde la dicha nunca se acaba? ¿Pues cómo los espíritus, que han de formar la corte de su imperio no rompen los cielos, no hienden los aires y hacen claro día la noche obscura en que vive su Señora? ¿No es la tierra el extenso campo de batalla donde María ha de animar á la pelea á las almas regeneradas con la sangre de Cristo y con las lágrimas de sus ojos, y donde, al fin, han de conseguir por Ella la victoria los soldados que se alisten en sus banderas? ¿Pues dónde están los adalides de estos ejércitos de la fe y del amor, dónde se esconden los Apóstoles, que no saben que está sola, y si algún Apóstol la mira, cómo la deja llorar?

¡Ah, cristianos! cuando el sol desaparece del horizonte, ¿qué mano creada tendrá suficiente poder para llenar toda la tierra de resplandores y de alegría? Jesús, autor de la luz, Dios y Criador de todas las cosas, sin cuya dulce compañía las almas están solas, aunque las rodeen todas las criaturas; Jesús, que era la vida de su alma, ha ex-

(1) Thren., I, 1.

pirado en la Cruz, enviando su espíritu al Eterno Padre, pero no desposeyéndose de su divinidad. Dios, pues, al descender del árbol santo de la redención, ha sido colocado entre las sombras de un sepulcro; una fría y pesada losa ha cerrado la entrada, separándole de sus criaturas. ¿Qué mano, pues, podrá traer consuelo al corazón de María, si Ella es la criatura más allegada á Dios por el amor? ¿Qué compañía allegará alivio á su pena, si Ella es la luna eclipsada, entristecida por la falta de la luz de su eterno consolador?

Llorad, criaturas, llorad; los vientos rugen de dolor, el cielo se ha cubierto con su manto de luto, porque ha visto la muerte de su Dios y la amarga soledad en que ha quedado su Señora. Si, pues, la naturaleza pierde su dicha, ¿qué dicha ha de llevar al corazón de María? Si pierde su luz, ¿con qué luz podrá alumbrar el ánima de su reina? Si pierde la mano que la sustentaba, sus manos, caídas y sin bríos, ¿cómo podrán enjugar el llanto de su Señora? No, cristianos; ni ángeles, ni hombres, ni estrellas, podrán traer la felicidad al corazón de María.

Navegaba esta mujer divina por mar tempestuoso, animándose con la vista del celestial piloto, que combatía con las olas; la furia de las aguas, representada en la ira de los judíos, azotó cruelmente su cuerpo, afeó su rostro, puso encima de sus hombros los palos de la nave destrozada, derribólo en tierra, levantólo entre las espumas de su rabia hasta lo más elevado de la nave, y la tempestad abrió su seno y vomitó el rayo que hirió de muerte al celestial piloto, y su cuerpo santo rodó en los brazos de aquella mujer, llenándola de amargura.

Y viéndola en tal quebranto, almas caritativas le arrancaron, casi á su pesar, el cuerpo del divino piloto, y lo arrojaron al mar, lo depositaron en un sepulcro. Cayó su vida en la profundidad de las aguas, ¿qué otra manera de vida le han de comunicar? Cayó la fuerza que la sostenía en el seno de las ondas, ¿qué otra suerte de

fuerza hanle de prestar? Si Dios es el mejor de los amores y lo separan de él, ¿con qué otro amor se ha de alegrar la hija divina de Jerusalén? Si Dios es el más dulce de los consuelos y se lo arrebatan, ¿qué otra suerte de consuelo ha de cicatrizar las llagas de su corazón? Si Dios era su valor, ¿qué otro valor le ha de restar para el combate que el heroísmo del sufrimiento? *Conturbatum est cor meum; dereliquit me virtus mea.* Está conturbado mi corazón, dice María, porque me ha abandonado mi fuerza, que era Dios, muerto y ahora sepultado por las maldades de los hombres.

Y si por haberla abandonado su Dios y su Señor ha quedado sumergida en tan amarga soledad, es circunstancia agravante de la pena que ese mismo Dios fuera su Hijo en cuanto hombre.

Si María, por ser la primera y mejor de las hijas de Dios, llora el abandono en que ha quedado por la muerte de su divino Padre; por ser la Madre de Jesucristo, llora la soledad en que la deja la muerte del mejor de los hijos. Si como el hijo más amante de Jacob se echa sobre el rostro de su padre celestial, llorándole y besándole, cuando su padre muere, *ruit super faciem patris flens et deosculans eum* (1), y luego queda sumergida en acerba soledad; como la madre del mejor de los hijos no quiere de nadie admitir consuelo, diciendo como Jacob: *Descendam ad filium meum lugens* (2); bajaré hasta el sepulcro llorando á mi hijo.

Muerto el Hijo, en la tierra no hay alegría para la Madre. Todas las cosas le causan tristeza, y en medio de todas ellas vive en soledad. Yo sé que las madres piensan en su hijo muerto, cuando cae la noche y cuando nace el día, cuando duermen y cuando velan; cuando están solas y cuando están acompañadas; cuando sienten reir y cuando miran llorar; cuando el cielo está sereno y cuando

(1) Genes., L, 1.
(2) Genes., XXXVII, 35.

ruge la tormenta; y en medio del bullicio del mundo, cuando los placeres rien y se cantan himnos á la dicha, y la fortuna se pasea con manto de púrpura y de oro, y los aires se pueblan con gritos de pasajera felicidad; la madre se abstrae de toda aquella algazara y mira los objetos sin mirarlos; de su corazón se levanta una imagen dulce y risueña, su alma la acaricia, su pecho se conmueve, por sus mejillas rueda una lágrima triste y sola, y sus labios se entreabren para murmurar: ¡hijo mío de mi corazón!

El tiempo con todas sus alternativas, con todas aquellas largas hileras de sucesos que siempre traen consigo, con sus revoluciones en la esfera social, con sus cataclismos en la esfera terrestre, no tiene manos poderosas para arrancar del corazón de una madre la imagen del hijo muerto; ni tiene ilusiones, ni deseos, ni esperanzas, ni amarguras, que le puedan sacar de la eterna soledad en que vive su corazón.

¡Ah!, y si esto sucede á cualquiera madre, que no tenga el corazón de tigre y por cualquiera hijo que haya perdido y después de muchos años pasados de la desgracia, ¿qué sucederá á María, que es la mejor de las madres y que llora al mejor de los hijos en la misma noche del día en que ha sido vilmente asesinado? ¡Ah, no está con Ella Jesús, el Hijo que tomó carne de sus entrañas virginales! No está con Ella el Hijo á quien lactó; no está con Ella el Hijo á quien salvara de los verdugos de Herodes. Hallólo perdido en el templo de Jerusalén, y ahora, ¿por dónde lo buscará? ¿A qué guardas dará las señas del amado de su corazón? ¿A qué puertas llamará que no le den la triste nueva? Viéronle sus ojos en la calle de la Amargura agobiado con el peso de la cruz, vióle morir en ella entre crueles agonías, dándole valor con sus miradas, sin miedo á la furia de los sayones y al rencor de los judíos; ahora, todas aquellas escenas sangrientas desaparecieron, llevándose consigo al Hijo querido de su amor

Ya no lo tiene en sus brazos exánime y sangriento; ya no son sus rodillas las que lo sostienen; ya no tienen sus ojos á quien mirar; ya no tiene su llanto rostro, ni manos sangrientas donde caer; ya no tienen sus hondos suspiros labios cárdenos y yertos que los reciban; ya su triste alma, cuando la suban las olas de su llanto y la asomen á sus ojos, no tendrá Hijo á quien mirar. Ya todo se acabó; ya no queda más que la acerba soledad.

Ya no queda más que amargura; ya no queda más que el dolor; ya la luz de sus ojos, clara como en Belén y en Nazaret, ó eclipsada como en la cumbre del Gólgota, no está con Ella; vino la noche de la desdicha y desapareció del horizonte; ya no hay más que tinieblas; ya sus ojos están ciegos para ver, *et lumen oculorum meorum et ipsum non est mecum*, y su corazón se levanta gigante para sentir y para luchar, como si la luz, que falta á los ojos con la muerte de su Hijo, hubiera caído sobre su corazón para consumar el sacrificio de su voluntad y de su amor de madre por la redención del género humano.

II

Ya hemos visto á María con el corazón conturbado porque se encuentra sola sin su Dios y sin su Hijo querido; veamos ahora en la segunda parte, al alma sin Dios, al alma del impío pecador desesperada por la falta de la gracia divina, y rematadamente ciega para obrar.

Dice el Espíritu Santo, por boca del Sabio: *Cor nequam gravabitur in doloribus* (1), el corazón malo será atormentado de dolores; pero no de penas para probar su alma en el crisol de la virtud, sino de tormentos para castigarla en el infierno de la mala conciencia. Envidiaba Caín á su hermano porque los sacrificios de Abel eran más agra-

(1) Eccli., III, 29.